

CATARATAS JOG

Día de la mujer trabajadora, día de convalecencia. Un sol agónico, unas cataratas mermadas por la sequía y la avaricia de una presa, me asomo a mi balcón de nadie y no escribo ningún poema, ni recuerdo nombres propios, sólo reconozco. Tranquilidad. Un sanatorio. Se me pierde la vista, volando con los pájaros que retan el abismo. No hay nadie. Sanatorio olvidado. Una burbuja de nada, sólo una estampa de los elementos. Sólo eso. Escribo y no me leo. Las aspiraciones no existen. Sólo un momento. Sólo dejarse fluir. Hoy no nació. Hoy sigo envuelta en las sábanas hediondas de algún hotel de carretera. Hoy no estoy aquí. Floto. Aquí abajo todos flotamos, dijo el payaso de mis pesadillas, lugar de libertad para demonios que los párpados encogidos no respetan. Hoy he sido nadie, como Ulises. Hoy tampoco he muerto.

La evidencia del cuerpo cansado, fatiga de los sanos. Hoy la nada (aquí, bichito, aquí), hoy nadie en ningún rincón. Hoy no me desperté. Hoy no he llegado hasta estas cataratas que no pueden aplastar con su trueno los chillidos de los pájaros. A cientos, a miles. Hoy he vuelto a saber de Tirzo, el hombre que nos regaló sus viajes en celulosa y quedamos prendadas. Hoy supe, como ayer, quién era cuando era otro. Hoy no siento el aire ni el sol amortiguado me ciega. Hoy no nació. Hoy la nada de la benevolencia. Tal vez mañana empuje fuerte y pueda asir el bolígrafo como la espada de antaño. Tal vez mañana la tierra roja me circunde (tierra roja, de ti vengo, a ti voy, aunque hoy sólo esté siendo apenas en el hálito de

la respiración corrompida por la bilis) y me haga torbellino de aire y desfallezca en la inmensidad del todo que se seguirá pareciendo asombrosamente a la nada. Hoy, con el permiso de ustedes, me recojo sobre la carga de mi piel y veo atardecer como si la noche siguiera sin existir.

Está todo bien, mamá, pero no deja de ser extraño. Algún dios debe de habitar los recovecos de esta catarata sedienta y sin embargo no lo siento. Es tan anómalo el tiempo en esta parte del mundo, creando una existencia sin referencias. Tanta vida condensada en tan pocas semanas, pero los minutos caen lentos y parece que nunca más podrá ser mañana sino siempre aquí, en este hotel sin gente, ningún sonido humano, sólo el agua, la roca, el viento. Es un paréntesis de puertas para adentro. Está todo bien, mamá, aunque hoy te haya echado de menos, o tal vez el volver a ser niña y no esta adulta calificada como tal porque el calendario sigue en su propósito de ir desfalleciendo. Hoy pensé en ti y quise sentarme a tu lado, y hablar largamente, y silenciar largamente. Hoy no ha habido tiempo suficiente y sin embargo no deja de existir. Hoy siempre hoy siempre. Esperar a mañana mientras sucede que hoy siempre lejos del mar verde, hoy siempre preguntándome cómo estaré en cualquiera de mis otras vidas, naturalezas superpuestas. Hoy siempre sucederá otro día, tal vez aún esté agonizando sobre la cama de un hotel, lamiéndome los músculos doloridos. Hoy no escribo, hoy te quiero. Y respiro.

Quiero contarte que la arena del Índico me pareció purpurina y que vi a una vaca bajar unas escaleras con un señorío asombroso, y hoy subir a un mirlo otras, a un centenar de kilómetros de distancia, un pájaro vagando por el suelo y yo olfateaba buscando el aroma de los gnomos que tienen que habitar estos bosques. ¿O son junglas? Apenas el sonido del agua, madre, y esta luz convaleciente, y este viento que se cuele por las rajadas de las ventanas y tanto espacio interior que asusta, déjame sólo una esquinita, madre, como el angelito que nunca fui.

Quiero contarte que no quise ser aceptada en el paraíso, madre. Que ni los templos ni la puesta de sol ni las barbas druídicas de los que tienen todos los cielos ganados. Aquí, en este paraíso rocoso, tampoco me dejo aceptar. No es momento para tumbar mis huesos en un remanso de paz

que no necesito. Y entonces me pregunto qué hago aquí. Como tantas veces que crees que estás en El Lugar y de pronto qué hago aquí.

A nadie le importa donde estoy, a mí menos todavía. El leñador.

Hoy estuvimos abajo. Hoy sí nació, pero nació en la carretera, como el tipo de la autopista. Temo que la casa en ruinas que después nos dijeron templo desde la cual salían los cánticos que acariciaban el piche relativizado por el verde estático de la mañana quede reducida a palabras cuando a palabras la reduzca. Tanto mejor perder los ojos en lontananza, morderse el labio inferior y con voz queda decir perfecto. En serio, perfecto. Y no hablar de nacimientos cotidianos porque sacar ese tema sobre una terraza del Lavapiés veraniego puede ser excesivo incluso para el ser comprensivo que escucha a los dos que al final no sucumbieron a ninguna de las enfermedades en su trayecto por la India (un pequeño desahogo estomacal, una pesadez, unas ronchas del tamaño de los ojos del diablo, algún insomnio con sabor a asfalto por lo denso y lo práctico), ni siquiera al misticismo.

Me desperté fresca en la madrugada y pensé podría no volver a dormir jamás. Minutos después, mientras me colocaba, buena chica muerta, debajo de la mortaja que me habría de transportar hasta las siete de hoy, la claridad entrando a raudales por la ventana de esta habitación nuestra de únicos habitantes del hotel encantado del bosque, cerré los ojos y desaparecí.

Miro hacia abajo y contemplo mis pechos, montículos agotados, que ya no son lo que nunca fueron, y creo que hasta que Daniel no los bese no podré reconciliarme con ellos, así que nos traigo hasta aquí, sucios, satisfechos, sintiéndonos otra vez fuertes (pero qué fácil caer en la paranoia persecutoria de las maldades sanitarias; ayer, para hacer tiempo y no pensarme, estuve paseando los ojos sobre la guía que sigue sin ser biblia y salía un dedo amenazador que decía hepatitis, malaria, fiebre, debilidad, orina naranja, vómitos, cuidado, señalaba el dedo a la punta de mi nariz, cuidado, nadie está a salvo, también te puede pasar a ti, y entonces me

dediqué a la biografía de Gandhi, rebautizado Mahatma por el simpár Tagore, y pienso en el escozor de mis ojos si me hubiera traído a ese premio Nobel, en el amplio sentido del término para acabar por inundarme en aforismos, ahora que he conseguido huir de los sobres de azúcar), desde ahí abajo izamos los ojos como si estuviéramos buscando a dios y encontramos un contrapicado maravilloso y para celebrar el amor me puse a bailar sobre la roca cantando una canción de Cher que me tenía taladrado el cerebro desde hacía un par de días. Radio Taoro en tu mente, música de hoy y de siempre.

Mi última noche sobre esta baldosa. Hoy no veré las estrellas de madrugada. Hoy no leeré nada nuevo. Mañana otra estación, otra vida, otros plurales que me siguen asombrando por lo cotidiano y lo extra/ordinario. Escucho la fuente eterna; como todo, hasta que dure. Y mañana será un buen día de traqueteo automovilístico y procuraré mirar por la ventana para no darme cuenta de lo cerca que he estado de perderme en las marismas de la nada dada la anarquía que reina en las autopistas de un solo carril en este país lleno de sonrisas escondidas detrás de una taza de té bien entendida. Después de divagar por dolores corporales, regreso contenta a las sábanas malolientes, con la tripa inflada, las papas que sirvieron de cena burbujeándome en la boca, las chicharras disparatadas en la hot season, el recuerdo de un paseo por este vergel hasta llegar a un río que era una estampa perfecta para casi cualquier cosa, con una avalancha de imágenes acumuladas, sedienta de más, le digo adiós a este muro que me ha servido de escritorio, de mirador, de tarima donde contemplar a Daniel reclinado sobre sí mismo, irradiando sonrisas, los pies fuertes, piecitos buenos, una retirada temprana, no es necesaria la victoria, tengo la certeza de estar participando y esto, esta vez sí, es el éxito.

Siempre tendremos un enorme cielo sobre nuestras cabezas para disfrutar.

UDUPI

Molida, un ventilador, unas sábanas limpias, el gremio de los joyeros. Welcome to Udupi, la casa de veraneo de Krishna.

Llegamos a la plaza, encontramos una elefanta quinceañera que por una rupia te bendice con la trompa. Habíamos hablado mucho toda la tarde, cosas serias, desde la salvación del mundo hasta el psicoanálisis. Y al final otra vez nosotros.

Conocimos a un señor, nos acompañó durante la procesión, parada liderada por la elefanta engualdrapada alrededor del recinto. La perseguía un carro gigantesco que la multitud empujaba. «En muchos lugares de la India hay poderes que escapan al entendimiento», dijo el señor a Talía, «es ahí donde se levantan los templos». Era un banquero jubilado.

Todo era solemne allí, los fieles entraban al templo a través de un detector de metales (ya un ornamento más en todo santuario hinduista). Meditaban en los ghats, junto al estanque. Encontré un colgante, volví a dejarlo donde estaba. El señor me preguntó por el mhala, parecía prestar más atención a Talía pero no me incomodaba. Luego vino el fuego y la percusión. El fuego que brota de la tierra, vehículo a Dios, «God is only one after all», dijo el viejo con ojos poseídos de fe, antes de despedirse.

En Udupi la gente es amable, respetuosa, sonrían y mueven la cabeza desde otro mundo. Se respira compasión y karma renovado. Al salir de la

plaza enterré mi pie en mierda de vaca y no me importó. Íbamos aún abortos bajo el kisch omnipresente de las calles en busca de un comedor, todos estaban llenos.

Pasa media hora.

Hacemos tiempo por fuera del restaurante, escuchamos tabla, seguimos sus golpes hasta el epicentro. Un hombre gordo, enmascarado y travestido con una falda roja se dispone a iniciar la danza teyyam, típica de la vecina Kerala. Está rodeado de sacerdotes que lo asisten en la preparación, antes de entrar en trance. Sus movimientos, lentos al principio, hacen sonar los racimos de cascabeles sujetos a sus tobillos. La trompeta se refuerza y los tambores progresan. El bailarín toma una antorcha, se unta la cara de fuego, las manos, baila convulso, se mueve arbitrario por todo el santuario, lo veo ahí, delante de mí, siento temor y me fascina. Una vez, en el norte de Brasil, presencié una ceremonia de candombé, no me cautivó, no estaba preparado. Ofrendas a la calle, agua de coco, pasos poseídos, sal al aire oscuro, sudor, piel de tambor, dagas que rozan la carne, es lo mismo aquí que allá, igual que en las selvas congoleñas, igual que los orishas, igual que los derviches tourne que giran sobre sus espinas dorsales. Y nosotros tan cerca de los cascabeleros de la verdad, junto a otro hombre de conocimiento que nos habla entre los tempos del tambor y nos explica con su hija en brazos justo lo que está pasando. Una veintena de testigos se asoman al patio, en tanto los coches y las cucarachas pasan impertérritas, ajenos al cable de alta tensión tendido entre la música y sus dioses, en un crescendo final con danza dislocada y manos invisibles como hélices en el despegue de la percusión hacia lo ultrasónico, sin fallar una nota.

Luego el artista se desploma en los brazos de la suma realidad que lo sujeta. «Marlon Brando en Apocalipse Now», dice Talía en tono agrio. Por un instante siento una motita de lástima por su escepticismo y me asalta el cansancio, como si por algún azar aquel hombre en trance hubiera arrastrado mi mente en su baile y ahora no pudiera funcionar.

Cenamos tarde, en silencio. Caminamos de vuelta al hotel por las calles ya despobladas en una noche ideal. El día había sido perfecto, diría Lou Reed, estábamos contentos de haberlo pasado juntos, faltaba la guinda de una discusión absurda, una de esas excusas sin sentido que improvisamos a veces por el solo placer de reconciliarnos dos minutos después. Una reconciliación sexual y más charla gozosa en la oscuridad, como cuando empezamos a enamorarnos, como cuando de niños dormíamos en casa de algún amigo y charlábamos a ciegas hasta que el sueño deshacía la química. Charlas lúcidas en la oscuridad, francas, un canal transparente y especial para sintonizar mejor las almas antes de reencontrarnos en sueños. Sí, un perfect day.

Ayer Daniel me regaló un mhala, su protección, la metáfora de su vida. Me lo puso en el cuello, dijo es nuestro, me besó la frente. Tengo 108 cuentas colgando sobre mi pecho, 108 oraciones para acercar el alma al dios único, eso dijo el señor amigo, al final todo se reduce a un mismo dios en distintas circunstancias, como lo son las reencarnaciones, tiempos diferentes de la misma esencia. Rozo el mhala, y oro: uno, mi madre; dos, mi padre; tres, mi hermano; cuatro, mi hermosa; cinco, mi hermana; seis, Maeva; siete, Marta; ocho, mis muertos...